

# Algarada en el Campus

Con estos calores, el magín del escritor no anda muy boyante, de tal manera que tenía pensado colocarles alguna faena de alino y salir del paso, que en verano gustan las lecturas ligeras, las que no perturban la siesta con dilemas morrocotudos ni ratiocinios tan bien traídos que se hacen imposibles de seguir sin sucumbir al sopor. Pero como el que toma la pluma está a merced de las musas, estas me asaltan a traición y me hacen ver que el anterior artículo, publicado en esta misma revista, se me quedó incompleto. Mecachis. Quizá alguno de mis lectores habituales (a los que agradezco mucho que de vez en cuando me aborden y me hagan saber que echan una ojeada a mis textos) recuerde que hace dos meses les hablaba aquí sobre las manifestaciones que devienen en agrias y perturban las libertades de manifestación y de expresión y, al hilo de aquello, criticaba el uso de elementos ajenos a la dialéctica parlamentaria para hacer propaganda política en las Cámaras.

Sigo, si ustedes me lo permiten, con la cosa de las protestas, si bien hoy me ceñiré a otro ámbito que, he de confesarlo, me preocupa especialmente. Me refiero a esos espectáculos que, en más ocasiones de las deseables, algunos universitarios nos ofrecen cuando irrumpen en actos públicos de todo tipo y se dedican a la muy democrática tarea de interrumpir y reventar las intervenciones de fulanito o manganito, invitados por la Universidad, porque los mozalbetes han determinado que los oradores son unos fachas irredentos y que, por lo tanto, no les asisten ni la libertad de expresión, ni la de cátedra, ni la de nada de nada. O porque son unos rojos de narices, oiga, que tanto me da la estupidez de derechas o de izquierdas. Si los amables lectores tienen paciencia, hagan memoria y recordarán bochornosos espectáculos de todo tipo. Y si flojean de tan hermosa potencia del alma, busquen en Internet, que ahí encontrarán donde entretenerse.

Siempre he pensado que la Universidad es un lugar al que van gentes con afán de saber. Que los campus son un espacio físico, pero también moral, en el que los dogmatismos sólo caben en los laboratorios, para ser viviseccionados y catalogados para el conocimiento científico. Que la duda metódica es

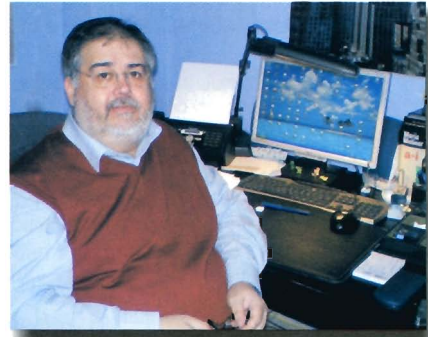
colaboradora necesaria e inspiradora de aquél. Que, en fin, más allá de lo que profesores y libros enseñan, debe prevalecer un ambiente de tolerancia y respeto.

Respirar esta atmósfera, sin duda, hace que los individuos integren en su mente las ideas antes citadas, fundamentales en la noción de democracia. Por eso enfermo cuando veo a catervas de mozalbetes maleducados que, por mucho que algún día cuelguen una cartulina en una pared, seguirán precisando de ejemplos que no han visto o no han sabido entender. Fanatismo y universidad no son compatibles. Y además, se cae en la estupidez cuando se ataca a alguien y se le tilda de fascista, y no se le deja expresarse. Que yo sepa, eso es comportarse como fascistas. Y los alborotadores no tienen autoridad moral para dar lecciones de nada a nadie. Son pocos, sean dadas gracias a Dios, pero algo falla cuando menudea este tipo de bochornoso espectáculo, muchas veces ante la pasividad de las autoridades académicas.

En fin, viene en mi consuelo, como tantas veces, el genial Dickens, que en 1842 se embarcó rumbo a los Estados Unidos y Canadá, y nos describió algunas instituciones de aquellos pagos. Espigo en el texto y les entresaco lo que dice de las universidades norteamericanas:

"(...) No difunden prejuicios, no crean fanáticos, no desentieran las cenizas de viejas supersticiones, nunca se interponen entre las personas y su formación, no excluyen a nadie por sus creencias religiosas y, sobre todo, durante el periodo completo de instrucción, reconocen que hay un mundo, y además un ancho mundo, más allá de las paredes de la universidad."

Ignoro si más allá del Atlántico las cosas siguen así, pero no me negarán que la descripción responde a un modelo bastante deseable. A ver si algunos se aplican el cuento. Y si no, que se los hagan escribir mil veces.



Juan Carlos Fernández  
www.juancarlosfernandez.es